

# **ANATOMÍA DE LA REACCIÓN**

POR UN MANIFIESTO DE CONTRAREVOLUCIÓN ACADÉMICA

EDGAR GIOVANNI RODRÍGUEZ CUBEROS

2009.

A Danielle y Juana  
Fuentes inagotables de lo mejor.

## CONTENIDO

PREFACIO

INTRODUCCIÓN	5
I. NATURALEZA DE UN REACCIONARIO: LA EXPERIENCIA SINGULAR DE NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA.	12
II. CUALQUIER EXPRESIÓN DE SINGULARIDAD DEVIENE EN OLVIDO: EL ROMANTICISMO DE NICOLÁS GÓMEZ DÁVILA.	27
III. LA REACCIÓN: ACERCAMIENTOS A SU FUNCIÓN COMO CATEGORÍA DE ANÁLISIS DE UN PROBLEMA SOCIAL CONTEMPORÁNEO.	65
IV. ELEMENTOS PARA UNA ANATOMÍA DE LA REACCIÓN.	82
BIBLIOGRAFÍA	89

## **PREFACIO**

MÓNICA ZULETA PARDO

BOGOTÁ, IESCO

OCTUBRE 2009

## INTRODUCCIÓN

“(…) Afirma que le asquea todo lo que se llama ciencia, y de un brinco pasa al extremo opuesto, rasga sus creencias, como quien rasga las hojas de un almanaque de un día ya vivido. El iluso que hasta aquí viera la salvación en el saber, en la instrucción, que creyera en la magia de la ciencia, en la defensa del estudio, se consume para retraerse en lo primitivo y vivir una vida puramente vegetativa”.

Stephan Zweig en su biografía de Kleist.

Pareciera que hasta el momento las grandes revoluciones y sus programas han definido gran parte de los destinos humanos bajo la confianza de un bienestar alcanzable a la luz de la tecnológico y lo científico. Así, atravesamos por “revoluciones atómicas” y ampliamos nuestra capacidad destructiva, “revoluciones verdes” y pensamos solucionar el problema del hambre, “revoluciones robóticas” y creímos que los androides disminuirían nuestros esfuerzos, “revoluciones genéticas” y soñamos con clonar a nuestro antojo y seguir jugando con nuestra obsesión de parecernos a los Dioses, cada avance y descubrimiento ofrece una ilusión de aparente progreso. Curiosamente, ninguna revolución ha sido significativamente ética o estética o por lo menos nombrada así para contemplar unas relaciones sociales distintas para una humanidad que no se transforma en lo que anhela, es decir, nuestra naturaleza última parece ser la misma después de tantos siglos y tantos “avances”. Por ahora, no hemos logrado mejorar estructuralmente en la búsqueda arquetípica de la justicia y del bien.

La desigualdad, la injusticia, el horror y la barbarie se mantienen y los avances logrados solamente son sofisticaciones de la tendencia y fascinación humana por la muerte. La muerte nos estimula porque no sabemos absolutamente nada de ella, no se deja codificar,

comprender. Lo único que sabemos de ella es que la sufrimos y la otorgamos. En este sentido, se vive con la seguridad de la muerte, como una preparación para ella. Es posible, que esta condición para la muerte sea la que impulsa la actividad humana por tratar de vencerla de muchas maneras y en ese movimiento justifiquemos que la justicia y el bien definitivamente no sean experiencias posibles en vida, sino términos para comprender lo que nunca alcanzamos, es decir, la esperanza centrada en otro lugar que sea sustancialmente “mejor”. Un lugar sin cuerpo, meramente espiritual al cual no tenemos acceso.

Así, plantear una contra revolución parte de lidiar con un problema de base: la muerte ya no puede ser el centro metafísico de la tarea del conocimiento (aceptando aquí que el trabajo intelectual consiste la mayoría de las veces en una forma subjetiva de superar la muerte por medio de la memoria que culturalmente afianza y legitima el recuerdo) sino que, debe invertir los esfuerzos sobre la vida, sobre la posibilidad de eclipsar aunque sea por un breve instante la inminencia de la muerte con el afán de existir en el cambio y no necesariamente de engalanarse con la ilusión de la transformación definitiva, de encontrar la respuesta definitiva. Si las revoluciones del pensamiento estaban centradas en estos “afanes” de respuesta definitiva, su oposición, es darse la oportunidad de no esperar ilusoriamente que las verdades o los sistemas de pensamiento sean meros reflejos de vanidad.

La contra revolución en este sentido, se considera aquí como una alternativa de contraponer no solamente los discursos sino las obsesiones. Ante el aparente beneficio de un proyecto “revolucionario”, la contra revolución debe inquietarse por las razones que promueven la elaboración de esas máquinas de pensamiento. Quizás en este ejercicio sean otros los

valores e incluso el horizonte que definen las esperanzas, de suerte que funcionen como cortapisa a la inclinación permanente por engañarnos.

Las revoluciones nos han llenado de ilusión porque determinamos en ellas todas nuestras esperanzas de “vivir mejor” sin que, contradictoriamente, nos altere nuestros estilos de vida. El engaño aquí es doble porque en las diferentes revoluciones no hemos asumido un papel individual y no hemos clarificado nuestro rol y papel dentro de ellas. De esta manera, las revoluciones cambian parcialmente las estructuras pero no afectan las singularidades, las subjetividades. El compromiso revolucionario como tal, ha sido experiencia efectiva en unos pocos, en sus agentes, y su proyecto ha muerto con ellos, no ha trascendido.

Es por esta razón que plantear una contra revolución es proponer un espacio resignificado y actualizado para subvertir cualquier seguridad ontológica. Una contra revolución es anti racional. No por una preeminencia de los sentidos sino por una puesta en distancia de la forma como tradicionalmente se nos ha impuesto el discurso de la verdad y la confianza absoluta en la instrumentalización científico técnica. Bajo estas condiciones es posible advertir que el movimiento contra revolucionario ha subsistido históricamente de diversas formas y tendencias.

Así, el título de este trabajo conjuga variables y categorías con un ánimo literario, metafórico, pero también es una incitación, una sugerencia a trabajar sobre un campo en perspectiva filosófica con el ánimo de manifestar una preocupación y una reflexión sobre el papel de la academia actual. Por ello, los momentos de diferenciación y jerarquización a exponer juegan con la capacidad del ejercicio literario para proponer un espacio para la actualización de un espíritu de pensamiento reactivo.

Para facilitar la resolución y potencia de estas relaciones entre los conceptos del título es importante demarcar una visión sobre lo que tradicionalmente se entiende por reacción y por la necesidad de imaginar su anatomía.

Una anatomía consiste en develar una estructura. Como tal, propone siempre una maqueta sobre la cual los elementos se disponen de forma articulada o en relación para servir como soporte a diferentes sistemas. Conocer los aspectos anatómicos de una estructura compleja permite profundizar en la relación entre las partes y la lógica de su organicidad.

Así, la verdad o la manera en que le otorgamos ciertos sentidos a la realidad son elaboraciones arquitectónicas que pretenden dotar de sentido nuestras intuiciones y acercarnos a la comprensión. Por lo tanto, adquieren de acuerdo a ciertas condiciones de probabilidad y de situación histórica una pretensión explicativa que, bajo un principio de epistemológico siempre están dispuestas a ser refutadas o ampliadas. En este sentido, la figura de la anatomía como recurso, se convierte en un mapa de relieves sobre los que es viable recorrer fuerzas que originan las formas y de alguna manera lograr nombrarlas para poderlas conocer.

Por ello, plantear una anatomía de la reacción, es un intento arriesgado de proponer una relación entre partes, entre elementos que de forma descriptiva puedan orientar un recorrido. La imagen de lo anatómico sugiere un cuerpo, un conjunto de interacciones que caracterizan y singularizan por su ordenamiento la función que dicho cuerpo ocupa en un campo definido.

Hablar de La reacción como una noción implica que su efecto, su experiencia ocupe precisamente esa topografía en la que se define su posible impacto, ó donde se juega su

efecto. Entonces, partimos por reconocer que dicha manifestación está determinada por su condición de movimiento y que trasladando dicha metáfora al lugar del análisis social, lo reactivo dibuja por lo menos un terreno de interés.

El propósito de este ensayo por lo tanto, es plantear la trama donde emerge La reacción primero como un fenómeno entendido desde su acepción negativa para recomponerlo a partir de la experiencia de un pensador que afirmó de sí mismo ser un reaccionario auténtico a pesar de dicha connotación temeraria del término. Con ello, la pregunta inmediata implica establecer ¿Por qué alguien decide asumir dicha posición a pesar de las implicaciones del término? ¿Por qué mejor no afirmarse en otro sentido un poco más positivo?

Nicolás Gómez Dávila es en esta perspectiva un filósofo singular que arremete desde esta afirmación de sí mismo contra las formas más convenientes de aceptar una mirada particular sobre la realidad y sobre la forma convencional de asumir la verdad. Convenientemente, los intelectuales no son proclives a manifestar sus convicciones de manera tan directa. Generalmente, la estructura de su pensamiento sigue un orden dentro de la convención para luego oponer sus ideas y sus pensamientos a lo que consideran deberían replantearse. Para ello, reconocen que existe un tejido anterior, un andamiaje al cual hay que suscribirse para más adelante y en relación con sus elaboraciones y argumentaciones confrontar las estructuras previas. Gómez Dávila por el contrario, asume que La reacción es el camino directo, sin recursos de articulación a circuitos de legitimidad del pensamiento intelectual, lo que puede en un momento dado permitirle tomar distancia irónica de dichos recursos de validación y construcción de la "verdad".

Este caso particular dentro de la historia de las ideas en Colombia, ubica a Gómez Dávila como una anomalía dentro del sistema y casi que es posible asegurar que su opción a diferencia de otras alternativas de construcción de pensamiento (más academicistas) es por lo menos un fenómeno de reducida emergencia por los factores que nuestra anatomía pretende comenzar a develar. No se trata entonces de plantear una "apología" del filósofo colombiano, sino de describir lo que puede sugerir su experiencia para entrever una forma alterna de aproximarse a los problemas y la forma particular en que las ideas de carácter filosófico desde una perspectiva "reaccionaria" se presentan.

En este sentido, el objetivo de este trabajo consiste en establecer de qué forma los escolios de Nicolás Gómez Dávila publicados entre 1954 y 1992 plantean la emergencia de un pensamiento del exilio que como forma de vida (de uso de la filosofía) sugieren una concepción alternativa para la manifestación de la reacción y derivado de ello una apertura a una posible perspectiva de trabajo en las Ciencias Sociales contemporáneas.

Por ello, se presenta a continuación una síntesis preliminar de la experiencia de formación dentro del programa de Maestría en Problemas Sociales Contemporáneos de la Universidad Central. Cada una de las partes que componen dicha síntesis fue socializada por diferentes medios, el apartado I por ejemplo, que define el objeto de estudio y el pretexto que origina toda la reflexión a partir de la experiencia singular del filósofo Colombiano Nicolás Gómez Dávila se discutió en el contexto de las "Tertulias de investigación" organizadas por el IESCO durante el primer semestre del 2008; el segundo momento del texto retoma elementos de un artículo sometido a la Revista Nómadas No. 31; los planteamientos del apartado III, hicieron parte de un trabajo que obtuvo una mención meritoria en el concurso de ensayos de la OEA en 2009 (Summits of the Americas – Trinidad y Tobago) y se publicó

una versión resumida del mismo en la web del evento. Finalmente a manera de conclusión parcial, se realiza una apuesta por unos elementos de anclaje que permitan delinear y profundizar más adelante en una Anatomía de la Reacción como proyecto de largo plazo que favorezcan un manifiesto de contra revolución académica en los sentidos explicados al inicio.

Agradezco sinceramente la paciencia y acompañamiento de mi tutora de trabajo de grado, Dra. Mónica Zuleta Pardo quien con su perspectiva de mundo y la complejidad de su pensamiento afianzó un horizonte conceptual y metodológico. A mis compañeros del curso de maestría por su amistad y función como pares en espacios no académicos que fueron en muchas ocasiones mucho más enriquecedores y significativos. A los docentes de la maestría quienes con sus discursos y enfoques favorecieron la puesta en tensión permanente de todo cuanto se postulaba como un saber definido y acabado. Mi familia por supuesto, para quienes está dedicado todo este esfuerzo y finalmente un sentimiento de gratitud muy especial a la Dra. Rocío Rueda Ortiz quien desde el comienzo creyó en ésta apuesta.